

mias de seda. Hecha esta trasformacion, lancé una mirada á la quinta donde habia pasado dias tan felices, y emprendí mi camino con mi compañero de viaje, el cual no acababa de volver de su sorpresa, y me hizo varias preguntas, á las que satisfacé forjando la historia que me pareció mas verosímil.

Presumo, caballero, que nunca habreis conocido las privaciones, por tanto creo escusado deciros los inmensos trabajos que pasé en aquel viaje, hecho á pié y con tan escasos recursos, porque no me comprenderiais. El mendigo pedia limosna, tanto por costumbre cuanto por no escitar sospechas, y esta primera humillacion fué la iniciacion de las muchas que me esperaban... ¡Ah! tal vez no hubiera podido sobrellevar tantos padecimientos á no haberme alentado una dulce esperanza. Después de algunos dias de camino, por último dimos vista á Madrid... conforme nos aproximábamos, crecia mi inquietud; allí estaba Enrique... mas... ¿cómo me recibiría?

Llegamos á una puerta de aquella inmensa ciudad, pero no entramos por ella; mi compañero no quiso atravesar por las calles principales temeroso de la policia, por lo que torciendo á la izquierda, después de pasar por otra sin entrar tampoco por ella, lo hicimos al fin por la tercera que encontramos, que nos condujo á un hermoso paseo adornado con muchas fuentes, donde habia un sin número de gente, y después de atravesarle en toda su estension, salimos por otra puerta que mi compañero dijo ser la de Atocha, encaminándonos á un arrabal que hay á corta distancia de ella, donde hicimos noche en una miserable casucha, en compañía de otros muchos mendigos tendidos todos unos casi encima de los otros sobre algunas malas esteras.

Al dia siguiente me levanté muy temprano sin haber podido dormir en toda la noche, pues el aire de miseria é inmundicia que allí se respiraba, se me hacia cada vez mas insufrible, y mientras esperaba á mi compañero el mendigo, me puse á pensar lo que debía hacer para encontrar á Enrique, único móvil que me hizo emprender mi viaje. Yo habia olvidado el titulo de su casa, pues como en mi pueblo solo decian *el señor marqués*, le oí muy pocas veces; sin embargo, juzgué que me seria fácil lograr mis deseos, recorriendo una por una todas las casas grandes de Madrid, y preguntando si su dueño tenia haciendas en tal pueblo. Halagada con esta esperanza aguardé á mi compañero, que no tardó en salir, y me dijo que ya no teniamos mas que una peseta de cinco reales, y que por tanto al otro dia nos seria preciso mendigar para comer. Le manifesté mi proyecto de entrar en la poblacion, pero me persuadió á que no lo hiciese hasta pasados dos ó tres dias, pues segun le dijeron aquella noche, un bando reciente contra la mendicidad, habia escitado el celo de la policia, y era preciso esperar á que fuese olvidado como otros muchos: esta circunstancia me obligó á dominar mi impaciencia, y pasamos el dia en aquellos alrededores.

Al siguiente nos hallábamos sin dinero, y nos dirigiamos por el paseo que llaman de la Ronda, implorando la caridad pública, cuando nos admiró el escesivo gentío y los muchos carruajes que pasaban. El mendigo preguntó á una aguadora, conocida suya, dónde se dirigia aquella multitud, y nos dijo que habia carreras de caballos en la Casa de Campo, á las que asistia la Reina y toda la real familia; y juzgando mi compañero que allí *hariamos negocio*, nos encaminamos hácia aquel punto.

Llegado que hubimos, esperamos la salida de la gente, que comenzó á verificarse á la caída de la tarde, y durante esta no pude volver de mi admiracion... ¡Ah, qué felices me parecian aquellas señoras tan elegantes y bellas, muellemente reclinadas en sus ligeros carruajes! ¡Cuánto hubiera dado yo por gozar de una vida semejante, y cuán grande era mi desconsuelo al considerar el misero traje que me cubria y el estado en que me hallaba!

Agitada estaba con estas sangrientas emociones de admiracion envidiosa y de orgullo humillado, cuando vi aproximarse una magnífica carretela tirada por cuatro fogosos caballos, y un caballero que cabalgaba en otro, guiándole con suma gracia y destreza, sonriendo con las hermosas señoras que ocupaban aquel carruaje. Al verle sentí un temblor indecible, y mi corazón cesó de latir, porque en aquel ginete reconocí á Enrique... á Enrique, mas bello, mas elegante que nunca... Perdida la razon, atrastrada por un impulso irresistible, corrí á su encuentro, y metiéndome casi entre los piés de su caballo, abracé su pierna, que descansaba en el estribo, gritando con voz agitada y balbuciente.

—Enrique, Enrique, por fin te he encontrado!

Estrepitosas carcajadas que salieron de la carretela respondieron á mi exclamacion. Enrique se puso pálido y encarnado sucesivamente, pero detuvo su caballo.

—¿Quién eres? me preguntó enojado, ¿qué te se ofrece?

—No me conoces, Enrique, le contesté, te has olvidado de la pobre Rosalia, que ha venido á buscarte desde tan lejos?

Enrique, sorprendido, me miró atentamente, y después de titubear un instante, partió al galope, sin duda para alcanzar al carruaje,

mientras que yo di algunos pasos hácia las verjas de un puente que estaba próximo, y me agarré á ellas para no caer al suelo.

—¡Oh! que infamia, dije yo interrumpiendo á Rosalia, parece imposible que tanta maldad pueda haber en el corazón humano!

(Concluirá.)

FLORENCIO MORENO Y GODINO.

EL EX-CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE MIRANDA DE EBRO.

Cuando aprovechando los momentos que nos han permitido nuestras graves ocupaciones, y guiados por una curiosidad y un afán grandísimos de ilustrarnos, hemos recorrido las provincias de Valladolid, Burgos, Alava, Madrid, Albacete, Valencia, Alicante y otras, se ha angustiado nuestra alma viendo el lastimero estado en que en lo general se encuentran las iglesias y monasterios que pertenecieron á los Regulares, y considerando que en su mayor parte podrán ser solo dentro de breve tiempo un monton de ruinas y de escombros.

Las ideas estraviadas por la falta de educacion y por efecto de la efervescencia de los ánimos y de las pasiones, y mas que todo el mezquino interés de unos pocos, han contribuido á aniquilar prematuramente sin ninguna utilidad ni provecho, reales y positivos monumentos grandiosos, en los cuales emplearon inmensas sumas nuestros antepasados, y cuyo completo abandono é injustificable destruccion nos presenta á los ojos de la culta Europa, como no merecemos de modo alguno la mayoría de los españoles.

Por aprovecharse de una mala puerta, de un pedazo de madera, de cuatro ladrillos, de algunas tejas ó de una mal labrada piedra, se han echado á rodar por el suelo obras suntuosas del arte que debieran haberse conservado á toda costa, para que las admirasen y estudiases propios y extraños, y para que al mismo tiempo sirviesen de establecimientos industriales, de asilos de beneficencia y de depósitos y almacenes de todo género de frutos y efectos.

¿Es por ventura de absoluta necesidad que unos y otros, y en particular los de las dos primeras clases, estén siempre ó casi siempre, segun sucede, en grandes poblaciones? ¿No ganaria la salubridad pública infinito, y no serian imponderables los ahorros que experimentarían y las ventajas que reportarian los enfermos, los jornaleros y los dueños de los terceros con la ventilacion y el desahogo de los ex-conventos, con su pequeño alquiler, y con la abundancia, superior calidad y baratura de los artículos mas precisos para la vida?

Bien merece pues la pena de que los diocesanos, á quienes pertenecen hoy tales edificios á virtud de lo dispuesto en el último concordato, se ocupen con la constancia y sabiduria que les distingue, en detener los progresos de la desaparicion completa que les amenaza, adoptando con prontitud las medidas que sugiera á tan entendidos prelados su ilustrado celo.

En el entre tanto que esto sucede, y ya que por nuestra insignificancia no podamos obrar de otro modo, haremos imperecedera la memoria de varios de los repetidos monumentos por medio de vistas exactas, que iremos estampando sucesivamente en nuestro SEMANARIO, como hasta aqui, acompañadas de las noticias y datos que podamos reunir.

La que hoy ofrecemos á nuestros lectores al pié de este artículo, representa bastante bien la fachada principal de la iglesia del ex-convento de San Francisco de Miranda de Ebro.

No puede darse posicion mas ventajosa y amena que la que ocupa aquel.

Colocado en el declive de una pequeña cuesta, casi tocando con las últimas casas de la villa, dominando esta á un hectómetro de distancia del caudaloso Ebro, y descubriéndose desde sus celdas y pasadizos toda la feraz campiña que fertiliza aquel rio, la concurrida carretera de Francia y las montañas de las Provincias Vascongadas y de la Rioja, con dificultad habrá otros de la orden, no que le superen, sino que ni aun le igualen en salubridad y en toda clase de ventajas, comodidades y proporciones.

Sin embargo de nuestra estremada diligencia, no hemos podido averiguar la época de su fundacion y la de las varias vicisitudes porque ha ido atravesando.

Hemos hecho mil preguntas al último guardian y á otros religiosos, les hemos impuesto del objeto sencillo que nos proponiamos, y hemos hojeado en fin los ocho ó diez tomos en folio de la *Crónica de los hijos de San Francisco*; pero todo en vano, porque los primeros nos han manifestado que no sabian una palabra, y la segunda no dedica ni una linea á hablar de esta perla de su orden; así es que tenemos que proceder por conjeturas; y fundados en las mismas, creemos que acaso y sin acaso, seria aquel, en sus principios, de me dianas proporciones y de insigni-